

# Crónica de un divorcio anunciado

## Diana Marcela Rojas Rivera

Profesora del Instituto de Estudios Políticos  
y Relaciones Internacionales de la  
Universidad Nacional de Colombia

QUE LOS SUCESOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE HAN marcado un hito, y tal vez una ruptura, en el orden internacional de la posguerra fría es un lugar común entre analistas, comunicadores y dirigentes políticos. Sin embargo, el impacto de tal acontecimiento en la política mundial apenas comienza a mostrar sus perfiles. Uno de ellos es justamente el papel que Estados Unidos y Europa desempeñan en este reordenamiento mundial. El reciente libro de Kagan<sup>1</sup> es una versión ampliada de un ensayo que dio lugar a polémicas en ambos lados del Atlántico<sup>2</sup>, e intenta dar cuenta de esos efectos en relación con las políticas exteriores de los dos polos de poder.

Utilizando un lenguaje expresamente provocador, el autor<sup>3</sup> se atreve a decir en voz alta lo que de tiempo atrás muchos, sobre todo en Estados Unidos, piensan del papel de Europa en la posguerra fría y de su lugar en el nuevo orden mundial. Para empezar, Kagan, parodiando un popular libro sobre las relaciones entre géneros, declara que los europeos son de Venus mientras

<sup>1</sup> Robert Kagan. *Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*. Bogotá, Taurus, 2003. Publicado originalmente en inglés bajo el título: *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*.

<sup>2</sup> Robert Kagan. "Power and Weakness", en: *Policy Review Online*, Washington, June 2002. Hoover Institution. [www.policyreview.org/jun02/kagan.html](http://www.policyreview.org/jun02/kagan.html).

<sup>3</sup> Robert Kagan trabaja en el Carnegie Endowment for International Peace, en donde dirige el Proyecto sobre el Liderazgo de Estados Unidos. Escribe una columna mensual en el *Washington Post*, es autor del libro *A Twilight Struggle: American Power and Nicaragua, 1977-1990*, y es coeditor con William Kristol de *Present Dangers: Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*. Kagan trabajó igualmente en el Departamento de Estado de 1984 a 1988.

los estadounidenses son de Marte, en una metáfora que rápidamente se ve confirmada con la dicotomía que subyace a su argumentación, la de la debilidad frente a la fortaleza. Si bien la tesis central se presta a muchas simplificaciones (de hecho, el autor redundante en ellas), no queremos caer en una crítica fácil, pues varios de los argumentos presentados buscan dar cuenta de cambios sustanciales en la política internacional reciente.

En primer lugar, en su texto, Kagan levanta el acta de defunción definitiva de la guerra fría, declaración aparentemente desfasada tras más de una década de la caída del Muro de Berlín. No obstante, el divorcio entre Estados Unidos y Europa luego de 50 años de complaciente convivencia es la culminación del proceso de adaptación al tremendo cambio que implicó el fin de la confrontación bipolar. En efecto, los noventa han representado una transición oscilante cuya culminación la marcan los atentados del 11 de septiembre. Sólo ahora pareciera que nos adentráramos en eso que Bush padre anunció de manera anticipada como “nuevo orden mundial”, y que apenas su hijo estaría empezando a concretar.

Fue precisa una década para que la desaparición del enemigo soviético acabara minando el bloque de los vencedores. No bastaron los denodados esfuerzos de una y otra orilla por reforzar la alianza occidental a través del remozamiento de la OTAN ni los intentos de minimizar las diferencias de visión, intereses y recursos cada vez más evidentes entre ellos. Como uno de esos matrimonios que tras varios años de convivencia se enfrentan al momento en que se van los hijos y quedan sin proyecto común ni factor cohesionador, solos ante sí mismos y sin poder disimular más las desavenencias, el divorcio se hace inminente. El enfrentamiento entre europeos y norteamericanos sobre la reciente guerra en Irak ha puesto en escena la ruptura.

Pero como la fiebre no está en las sábanas, Kagan no se queda en la coyuntura y busca las causas profundas en la historia reciente, en los vínculos de vieja data y en las particularidades de cada uno. Allí la metáfora de venusinos y marcianos resulta, una vez más, apropiada y provocadora. En esa relación establecida como resultado de la Segunda Guerra Mundial y ante la amenaza representada por el imperio soviético, Europa asume el papel de protegida de un Estados Unidos fuerte y decidido a defender a Occidente del comunismo devorador por medio

de su tremendo arsenal nuclear y su superioridad moral. Europa se refugia en su debilidad y se dedica a rehacerse bajo el proyecto de una comunidad europea con la cual busca expiar sus pecados de juventud y encontrar un nuevo rumbo alejada de las guerras permanentes que marcaron su historia. Entre tanto, Estados Unidos asume complacido el papel de salvador, de protector de la convaleciente Europa, bajo el presupuesto de que sólo así es posible mantener el orden mundial y asegurar sus propios intereses nacionales. De este modo, la superpotencia norteamericana consolida su poderío en Occidente, y Europa mantiene una posición decorosa que le permite cierto margen de maniobra en la política mundial. Pero con el fin de la guerra fría, esos intereses comunes desaparecen y Estados Unidos se cuestiona las razones para mantener el paraguas de seguridad a los europeos y, sobre todo, la justificación para asumir solo la carga de la seguridad mundial.

En el más reciente altercado (para no mencionar las disputas anteriores sobre Kosovo, Somalia y Medio Oriente), Estados Unidos percibió la resistencia y las críticas de varios países europeos a la campaña en Irak como una traición, y más allá, como una muestra de ingratitud después de “todo lo que hemos hecho por Europa”. No obstante, la desavenencia es una muestra más de un acumulado de divergencias de fondo. Para Kagan, Europa y Estados Unidos tienen una visión de sí mismos, de su papel en el mundo y de los principios que debe sustentar el nuevo orden internacional diametralmente opuesta; esas diferencias se han vuelto insoslayables, y los llamados a la “lucha global contra el terrorismo” no sólo no logran acallarlas sino que las exacerbaban.

Desde su orilla, Europa concibe la política mundial basada en el establecimiento de reglas de juego permanentes, la búsqueda del consenso, la defensa del derecho internacional, la diplomacia y la construcción de una sólida institucionalidad cosmopolita. En cierto modo, Europa le apuesta a una extensión de su propio experimento de integración como la forma deseable y racional de alcanzar un orden estable y pacífico. A su juicio, la interdependencia creciente creada por una economía globalizada y asentada en una institucionalidad internacional sería la que permitiría una forma de gobernabilidad global en la que no habría necesidad de recurrir a la fuerza para dirimir los conflictos. La solución europea a la anarquía internacional es la del “método de la telaraña”,

la de una red en la que todos quedan atrapados en virtud de los múltiples hilos que los atan entre sí. Desde esa posición, Europa condena el unilateralismo norteamericano, resiente su creciente militarismo y encuentra que la “cultura del *cowboy*” no es más que un regreso al pasado, una vuelta a las políticas de poder que terminaron por generar mayor inestabilidad y confrontación.

Pese a los logros de tal experimento, Kagan califica la experiencia de la Unión Europea como un “paraíso artificial”, una “fantasía geopolítica” que sólo ha sido posible gracias a que Estados Unidos se ha mantenido en el mundo terrenal de la lucha de todos contra todos. Sin la protección norteamericana basada en el poderío militar, el sueño europeo de la paz perpetua kantiana no habría sido más que eso, un sueño. El autor devela entonces que la debilidad con la que caracteriza el papel de Europa en el mundo no proviene sólo de la ausencia de una capacidad militar significativa en comparación con la estadounidense, sino, y sobre todo, de la ingenuidad (que identifica con idealismo) con la que los europeos asumen que el mundo puede renunciar a la fuerza como garante del orden internacional. Un pacifismo que el autor rápidamente asimila a la política de apaciguamiento seguida con Hitler la cual desembocó en la Segunda Guerra Mundial.

La “lección de Munich” es la que Kagan quiere recordarles a los europeos y la que sirve de base a la orientación estratégica de la actual administración norteamericana. Actuar antes de que sea demasiado tarde, antes incluso de que la amenaza tome forma, parece ser la premisa de la resonada “guerra preventiva”. Estados Unidos tiene, pues, una visión diametralmente opuesta, y pese a la popularidad del multilateralismo entre la opinión pública mundial, se reafirma en su idea de que el orden mundial no lo garantiza por sí mismo la economía sino la fuerza, una fuerza de la cual sólo dispone Estados Unidos tanto a nivel de recursos, como de tecnología y capacidad de despliegue. Si bien no se abandonan los ideales liberales que tanto promovió la administración Clinton en la década anterior, este principio de siglo se revela más realista para los estadounidenses; la confianza en que las libres fuerzas del mercado y de la democracia modelen un mundo mejor se apoya, en últimas, en el poderío militar del cual no hay que avergonzarse y menos aún pedir permiso para usarlo como pretenden los europeos.

Definitivamente dos visiones distintas, dos “culturas estratégicas”, como las denomina Kagan, que plantean una puja en torno a los principios que deben regir la política mundial en los años venideros. El autor concluye que una solución de compromiso entre posiciones tan opuestas no es posible; son los europeos quienes deben reconocer la hegemonía sin disputa de Estados Unidos, y convenir que es de su interés apoyar los esfuerzos norteamericanos por garantizar la seguridad mundial. La debilidad debe ceder entonces a la realidad de la fortaleza.

No por casualidad las tesis defendidas en el libro han suscitado tanta polémica. Tocan un tema de fondo en la política mundial actual, y lo hacen sin caer en la retórica diplomática que abunda en nuestros días. Indudablemente, Kagan no hace más que sistematizar y presentar de manera explícita la posición que un sector dirigente de la política estadounidense viene promoviendo como fundamento de la política exterior de la “hiperpotencia” norteamericana. Presenta sin rodeos la opinión predominante sobre Europa, la cual —a mi juicio— más que descalificar, vale la pena desentrañar. Kagan intenta ir más allá buscando entender la posición europea, aunque caiga en una serie de simplificaciones como la de tratar como unidad un continente tan heterogéneo como aquél. Europa adquiere en el texto una polisemia que confunde; a veces aparece como un referente geográfico que se extiende desde el Atlántico hasta los Urales; en otras ocasiones hace referencia a Europa Occidental en contraste con el *collage* de países del centro y el oriente del continente; aparece también como una unidad cultural producto de una historia compartida que contrasta con otras regiones del planeta, y en muchas ocasiones la Unión Europea es la Europa por antonomasia. Sin embargo, no se trata sólo de un descuido semántico por parte del autor; esta diversidad de significados refleja una realidad difícil de asir, una heterogeneidad que contrasta con la unidad del Estado norteamericano, una diferencia nada desdeñable cuando se intenta comparar peras con manzanas.

Por otra parte, caracterizar de manera dicotómica las posiciones de Europa y Estados Unidos como debilidad y poderío reduce a una sola dimensión el complejo mundo de la política internacional. Kagan mantiene el estereotipo que identifica la debilidad con lo femenino y la fortaleza con lo masculino, y para colmo, ¡la fortaleza con la violencia! En efecto, el poder al que

se refiere Kagan es fundamentalmente la capacidad militar, la que, a su juicio, sigue siendo la garante de cualquier forma de orden mundial. De este modo, el autor atribuye de manera demasiado rápida la debilidad europea a la falta de fuerza y más aún a la cobardía y al facilismo; sólo se es idealista cuando no se tienen los medios para imponer las propias decisiones, afirma con vehemencia el autor. Sin embargo, olvida que el cosmopolitismo es también una opción política, y sobre todo moral. La convicción sobre la conveniencia de soluciones consensuadas o como resultado de las lecciones del pasado son elementos que no se pueden despachar tan fácilmente.

Todo esto nos remite a la discusión en torno a cuáles son hoy los recursos de poder que deben poseer los países para ser merecedores del calificativo de “potencia”. En este asunto, el autor forma parte del bando de los realistas; en el ámbito internacional todavía es el poder de los cañones (en este caso, de los misiles y los satélites) el que tiene la última palabra. Sin embargo, las sutiles formas de persuasión y de control en la era de la información no pueden ser consideradas como accesorios de la potencia. La distinción introducida de tiempo atrás por Nye y Keohane entre “poder duro” y “poder blando”<sup>4</sup> nos muestra que la capacidad de difundir ideas, valores y modelos de vida también cuenta a la hora de ejercer la hegemonía global, y que en ello el desequilibrio entre Estados Unidos y Europa es menor.

El realismo de Kagan se refleja también en la visión estado-céntrica de su análisis. Allí lo que cuentan son los Estados o las organizaciones intergubernamentales, como en el caso de la Unión Europea. Los demás actores internacionales no son considerados para explicar las diferencias transatlánticas. El dinamismo de las

organizaciones sociales, el papel de la opiniones públicas, nacionales, internacionales o transnacionales, así como la incipiente institucionalidad, los foros y los llamados “regímenes internacionales” no parecen tener efecto alguno sobre la política mundial desde la perspectiva del autor. Una visión tradicional y monolítica de la política internacional que además se centra en los temas de seguridad, dejando de lado temas tan cruciales como el de la economía globalizada. Todos estos elementos nos hacen pensar que Kagan, como Jano, pretende descifrar el futuro con la mirada vuelta hacia atrás.

Para acabar de confundir las cosas, Kagan habla del “mundo posmoderno” y poshistórico en el que se ubicarían los europeos, en contraste con la modernidad en la que siguen atrapados los norteamericanos. Sin embargo, no es claro cuál es el contenido del calificativo de “posmoderno” más allá de una identificación ramplona con una posición idealista que rechaza la fuerza y apela al establecimiento de una conciencia moral en el ámbito internacional. La indefinible “posmodernidad” aparece allí como una evocación que retorna al mundo de entreguerras de los años treinta y que pierde la riqueza de un factor que podría explicar cambios en el comportamiento internacional actual.

En fin, desde la visión de Kagan, el mundo de la negociación, de la concertación, del derecho internacional es incompatible con el mundo de la anarquía, de la ley del más fuerte en el que la violencia es la razón última. En su universo, Venus y Marte son dos mundos distintos que no hay manera de conciliar y que, sin embargo, coexisten; se trata de un matrimonio condenado al divorcio, que nos deja ante la dificultad y el desafío de hallar elementos comunes orientadores de la convivencia en un mundo globalizado.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/02/2004

FECHA DE APROBACIÓN: 25/02/2004

<sup>4</sup> Ver Joseph Nye, *Las paradojas del poder norteamericano*, Bogotá, Taurus, 2003.